

IDILICO abril, encanto
tanto,
que al cielo azul se remonta,
monta,
para entonar este canto:
«Monta tanto...»

Heraldo de paz y manto
que cobija toda hazaña,
por eso es lema de España:
«Tanto monta, monta tanto.»

III

«MONTA TANTO»

«MONTA TANTO, Isabel como Fernando.»
Nunca estuvo la frase más segura,
ni nunca fué la dicha más ventura
que esta que el regío amor va derramando.

Victorias por doquier, van otorgando,
y en un fiel regular, «noble bravura»
contrasta con la «gracia y hermosura»
y en un verso de amor, viven rimando.

Isabel y Fernando. Igual destino.
Fernando e Isabel, lazos que ataron
en noble comunión, paz y campaña.

Heraldos de una luz y de un camino,
que como amantes hijos, conquistaron
un nuevo mundo a la ilusión de España.

FAUSTO BOTELLO DE LAS HERAS

ANDAR Y ESCRIBIR

RECUERDO DE JÁVEA

Yo soy de tierras adentro, nacido entre pegujales castellanos, y quizá por ese ensueño sediento de mar que abrasa a Castilla, tengo este modo sensual de amar las tierras del litoral levantino. Yo amo los pueblos de la costa, los de la Marina, entendida así desde Oliva hasta Villajoyosa. Entre todos esos pueblos hay uno, señero, que se levanta en mis recuerdos de hombre castellano: Jávea.

En mis efusiones sentimentales de hombre de la meseta, me distingue el recuerdo de mis veranos de Jávea. Aquí vengo, ya avanzado Junio, todos los años, y dejo la costa mediterránea cuando se inician los primeros vientos impetuosos de Octubre, que agitan con violencia las arboledas de estos valles. Cuando llego, y durante varios días, tengo la sensación exacta, viva, de que el mar me espera. La vida suele dárseos a los hombres contemplativos en forma de diálogo. Nuestro Yo no es más que un diálogo entablado con las cosas, del que nace la existencia de ellas mismas.

El mar espera en un inmenso compás azul. Dejamos el diálogo ayer y hoy volvemos a reanudarlo. Musitan los árboles, las altas palmeras, y brincan en el azul unos rizos de nieve, que me traen largos ensueños de no sé que lejanía.

Conozco villas y ciudades de la Marina, como Oliva, Denia, Ondara, entre vergeles; y Calpe, Altea, Benidor y Villajoyosa, tan marineras; pero ninguna con tantos encantos, para mí, como Jávea, a la que no vacilo en calificar de romántica. Los demás pueblos afloran en un suave clasicismo, con sus verdes, o los jaspes y los oros de sus rocas. No tienen el patetismo que invita al ensueño. Y a mí me gustan las villas románticas que se levantan al lado del mar.

Lo que me entusiasma sobre todo es esta luz que se cierne finísima y deslumbradora sobre los pueblos. La luz de Ondara, de Denia, de Jávea... ¡Quién encerrara en palabras esta luz!

Junto a esa sensualidad de la luz, y ese vivir de los sentidos, trasmana aquí la naturaleza, siempre encuentro a Jávea sumida en su pretérito sueño. Ni industriosa, ni alegre, ni movida. Jávea, a la orilla del mar, alta, arcaica, dorada y antigua. Las gentes sonríen con facilidad, y hablan esa parla alicantina, vieja, dulce, de la montaña.

Los más nobles quehaceres del espíritu buscan el sosiego de estas plazoletas, y costanillas con arcos y escalera, en esta pétreo resonancia de caserones de reja labrada y blasón. Pintura y literatu-

ra, en este ámbito marinerolimpio y noblehallan su paz fecunda. Escritores extranjeros de egregia pluma vienen de vez en cuando por aquí—también a Denia—y se quedan largo tiempo a escribir sus libros. Pintores ilustres que han hecho aquí su obra. Hombres contemplativos. Veraneantes como yo, que buscan la paz del espíritu.

A ellos, como a mí, les gusta el aire romántico de Jávea, esta antinomia no frecuente en poblaciones de mar. Esta torre hecha de piedra negra de las rocas del Cabo. Torre negruzca, casas hidalgas, pinas angosturas. Pero con este silencio y el alma de la piedra levantándose en un golfo de maravilloso verdor.

Jávea me parece cautiva entre el cabo de San Antonio y el de la Nao; heroína de una leyenda de piratas, con el tesoro de su nombre. Todavía las atalayas en las cumbres, para avizorar las naos piratas y moriscas.

Mi recuerdo de los veranos de Jávea... El paseo, atardecido, al mar; camino de palmeras y casas de labor que llaman aquí riu-raus, por la logia o galería para secar la pasa, que tienen a la entrada. La fragancia del golfo, en forma de concha con el mar. Las olas llegan con una serenidad, que se me antoja acorde con mis sueños.

No hay duda de que en el golfo de Jávea se da esa anuencia de lo clásico y lo romántico, que a mí me gusta. Jávea de mis recuerdos del verano...



UTIEL A VISTA DE PÁJARO

UN día ardiente del verano, hemos subido al torreón de una casa solariega; hemos subido a ver Utiel desde la altura, sobre el caserío mismo; es decir, para tenerlo y retenerlo mejor en el espíritu, en un modo de amoroso regazo. Ahora no queremos el paisaje, que nos aleja al pueblo, invitándonos sólo a la ensoñación.

Es un día muy caluroso. El torreón solariego sube con nosotros sobre Utiel, nivelándonos en un vuelo caudal con la Torre, con la hermosa torre de Utiel, encanto del alma para los hombres tristes que arrastran por la vida su destierro. ¿Quién no ha visto la Torre viniendo de Castilla, de Valencia, y no se le han llenado los ojos de amor a la belleza? Digo, es un día muy caluroso. Utiel, al sol del verano, reverbera, se ensancha bajo mis ojos. La serrezuela Negrete a la derecha; allá al poniente, Pico de Ranera, el primer espolón de la serranía de Cuenca; hacia el este, la marcha de los chopos verdes, rumbo a la Castilla nueva, de donde está saliendo siempre Don Quijote. Esa Castilla que lleva todo español capaz de mensaje.

...Encanto de los ojos y del alma. ¿Por qué este panteísmo, esta pequeña locura, al contemplar Utiel desde esta almena?

Cuando la vida es dura; cuando se nos mueren amigos y seres queridos; cuando todo se nos va quedando un poco desierto en tor-

no, contar entonces con esta visión noble de Utiel. Ciertamente es un consuelo. Ya casi no aspiramos a más. «Señor, mira esta humildad; ni riquezas, ni honores: dadme sólo ver Utiel, año tras año, viniendo de lejos, el Utiel en que vimos la primera luz».

Lienzo de tejados, tajos de callejuelas, ancho y gris caserío. Arriba la estación, los trenes; en frente el verdor del Paseo, la plaza de toros. Hermoso Utiel. Desde mi almena, este ensoñar mi propio concepto de «Castilla valenciana», extiende el pergamino de los tiempos ante mí. Yo no veo ahora el humilde burgo del tiempo de la Reconquista. Viejo Utiel amurallado, callejas tortuosas, árabes; ocho puertas de muralla con torreones y castillejos. Utiel, romance de frontera.

Cuando hablamos de la castellanía de Utiel, como de un timbre de nobleza, no hacemos retórica. Esa castellanía es una realidad histórica. Hemos vivido profundamente—con el corazón y con la cabeza—en Castilla, para sentirnos ante el ancho lienzo de este caserío traspasados de la misma emoción creadora y aventurera. Los castellanos de los siglos XVI y XVII sentían la misma ambición espiritual que yo siento en este instante. No es amor patrio; es algo más hondo, de calado universal. Pasa el río del tiempo... Nuestra vida, qué efímera.

¿Por qué mueve Castilla a la contemplación, y a ese manriqueano ver pasar la vida, «venir la muerte tan callando»? Ni arte, ni retórica; realidad profunda la angustia del hombre, ese desconsuelo de sentirse morir viviendo. Si esto no fuera una realidad, no valdría la pena escribir.

La Historia va dentro de nosotros, piensa Eugenio d'Ors. Utiel, fronterizo con Aragón, buena presa para los monarcas aragoneses. La villa quiere ser de la realeza castellana. Viéndolo así Pedro I, le concede derecho a «lugar sobre sí», separándolo del yugo de Requena. Cuando cae en el Marquesado de Villena, pierde su libertad. Tanto amor contiene aquella carta puebla del monarca, que veréis después a Utiel empobrecerse por comprar al señorío su libre vivir. En esa lucha aguerrida contra el señor feudal, vimos siempre una muestra de ese espíritu altanero y noble que caracteriza a Utiel.

La Reconquista, que tal no existe en muchos pasajes de nuestra Historia, no tiene acentos dramáticos aquí. Zeit Abu Zeit, el rey-zuelo moro converso, como en las vegas de Murcia, deja el paso franco a Fernando III, a Alfonso VIII...

No hay reconquista de nada. Obliga a meditar mucho, por encima de razones de raza y de economía, ese mandato ascético, casi mágico, a veces mísero, austero, que contiene la tierra de los castillos. Lo castellano, pobre y místico, hidalgo y a menudo con vicios, predomina en estas tierras altas de la vid, del chopo y del aire cernido.

En ese río de tiempo, marcha Utiel al sol de un mediodía del verano.